

Homenaje a Alberto Medina Rojas

Richard Schaedel

Si bien se puede decir que Ricardo Latcham merece el nombre de “padre” de la Antropología chilena, y hasta cierto punto, podría yo extender la nominación a Grete Mostny, como “madre” de esta ciencia, creo que son Carlos Munizaga y Alberto Medina los verdaderos pioneros de ella.

Acaba de fallecer Alberto, y me parece que el significado de su vida no debe pasar desapercibido para los científicos sociales en Chile: antropólogos, historiadores, geógrafos, etnohistoriadores, arqueólogos, estudiosos del folklore, indigenistas, americanistas.

Después de haber luchado más de dos años, entre 1953 y 1955 para afianzar la Antropología como disciplina independiente en la Universidad de Chile, y luego en todo el país, puedo afirmar que Alberto jugó un papel imprescindible, y en cierta medida determinante, para lograr este resultado alagador. Y no lo hizo con ningún fin personal, sino desinteresadamente, como colaborador mío y luego del Dr. Luis Sandoval, quien tuvo el coraje y la visión de fundar el Departamento después de mi corta tarea.

Desde el comienzo, Alberto tuvo la convicción de que la Antropología era una disciplina sin las restricciones convencionales de las otras disciplinas sociales, como Geografía o Sociología, que al comienzo querían ponerla bajo su dominio. Alberto ya era un autodidacta de la Antropología cuando yo empecé a dictar las primeras clases de esa ciencia en el Instituto Pedagógico en 1953, con el apoyo del en ese entonces Rector de la Universidad de Chile, profesor Juan Gómez Millas, y él era un crítico astuto de mis primeros ensayos, y siguió siendo un luchador de su ciencia hasta su muerte. En mi última visita a Chile, el año 1989, me hizo preguntas sagaces sobre el impasse de la Antropología general en el mundo a través de las últimas dos décadas.

Sin ser en ningún momento entrometido, Alberto ejerció un influjo constante y beneficioso sobre la difícil implantación de la Antropología en Chile. Por sus amplias relaciones políticas supo movilizar respaldos en

momentos difíciles para garantizar que la Antropología podría marchar adelante. Nunca fue blanco de pleitos ni rencores. Recuerdo que más que nadie fue el hombre responsable de los resultados del descubrimiento de la momia del Plomo, en 1954. Sin embargo, nunca pidió ni un pedazo de crédito. Compartió con los demás estudiantes de esta primera promoción de antropólogos chilenos, como Francisco Reyes, Ruperto Vargas, Gonzalo Figueroa, Luis Sánchez, la tarea de comprobar la existencia del adoratorio, hasta entonces el más alto del mundo del hombre precolombino, y como autor del modesto artículo “Hallazgos arqueológicos en el Cerro Plomo”, sobre lo que ese pequeño equipo de investigadores había hecho, abrió el campo al mundo entero de la nueva subdisciplina y de los nuevos parámetros de la Arqueología de alta montaña. Si no fuera por la imaginación y perspicacia de Alberto, ni la gente de la Universidad de Chile, ni la del Museo de Historia Natural, hubiera aprovechado el hallazgo brillante del arriero Chacón.

Esta anécdota pone de relieve el carácter extraordinariamente firme y la visión de Alberto Medina. Necesitamos en las ciencias sociales y humanistas este tipo de profesional, no sólo por sus conocimientos de investigador o sabio, y por sus cualidades de buen maestro, sino que también por sus oportunas actuaciones de promoción de las necesarias relaciones públicas de la ciencia naciente, luchando para defender su autonomía; inspirando y luego reclutando de distintos niveles de la sociedad chilena, la potencia humana para robustecer la ciencia.

Era heterodoxa esta primera promoción de la Antropología chilena: un experto en libros de ciencias sociales, Bernardo Berdichwesky, hoy doctor en Antropología; un hijo de un gran cirujano, Ruperto Vargas; un *teddy boy* de la sociedad santiaguina, Gonzalo Figueroa —quien iba a alcanzar fama en su viaje con Thor Heyerdahl— y su amigo de motocicleta, Luis Sánchez (Q.E.P.D.); un egresado de la Carrera de Derecho, Carlos Munizaga; un arquitecto, Francisco Reyes, también fallecido; algunas muchachas con vocación de profesoras, como Nora Holzapfel y Emilia Salas, hoy dentista; un hispanista, Isidoro Vázquez de Acuña, y Alberto Medina.

Casi todos los de esta promoción tienen publicaciones sobre Antropología, y han dejado una huella significativa en esta disciplina en Chile.

Sin embargo, los que han mantenido la continuidad y la seriedad de la meta del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, y que lo han guiado con esmero hasta estos días, como Departamento de Antropología, son Carlos Munizaga y Alberto Medina. Lo que un día vamos a agradecer a Carlos Munizaga por sus dones de administrador, se lo expresamos ahora a Alberto, cuyo poder moral prestaba integridad a la naciente institución e inspiraba respeto a la Antropología chilena y sus cultores en toda América y Europa.

Como fundador del Centro de Estudios Antropológicos, que antecede al

Departamento fundado por Luis Sandoval, puedo decir que Alberto me inspiraba para quedarme en Chile y seguir mi trabajo, tal como influyó sobre Luis Sandoval para tomar la pesada carga de fundar el Departamento de Antropología y hacerlo marchar con exiguos fondos. Sin Alberto, su visión y fuerza espiritual, ni Sandoval ni yo hubiéramos podido crear este Centro. Su país debe mucho a este hijo ilustre y gran chileno.

Deja Alberto una bibliografía modesta pero buena, que refleja sus múltiples intereses. Pero deja una herencia más valiosa: fue un modelo de rol del antropólogo profesional, que supo mostrar con su vida y comportamiento la función imprescindible que cumple la Antropología en la formación de una conciencia nacional. En 1953 Chile conocía poco su población indígena. Ahora se sabe mucho más de ella y se dedica más y más atención a sus reivindicaciones. En gran parte este progreso se debe al influjo de la Antropología que ha penetrado en la conciencia chilena, y en ello ha tenido un rol decisivo Alberto Medina.